

CRUZANDO FRONTERAS

Shia Arbulú



V.

Khaled, huyendo de la guerra, está a punto de cruzar el mar en dirección a Grecia. Samir, en su instituto de París, se enfrenta a los prejuicios raciales buscando su identidad en una ciudad que le ofrece un futuro oscuro. Amira sobrevive como puede después de un año como refugiada en Berlín, intentando rescatar algo de normalidad entre escombros de incertidumbre. Mili, en Barcelona, empieza a ser consciente del significado de convertirse en adulta, enfrentándose a sus miedos e inseguridades.

Basada en historias reales, Cruzando fronteras explora el conflicto al que se enfrentan muchos adolescentes frente el resurgir de ideologías radicales en Europa, creciendo a la sombra de nuevas formas de odio y violencia que emergen en nuestra realidad de forma clandestina.



Cruzando fronteras

Shia Arbulú

www.edicionesoblicuas.com

Cruzando fronteras

© 2020, *Shia Arbulú*

© 2020, *Ediciones Oblicuas*

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

c/ Lluís Companys nº 3, 3º 2º

08870 Sitges (Barcelona)

info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-18397-13-4

ISBN edición papel: 978-84-17269-99-9

Primera edición: octubre de 2020

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales

Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

Introducción

- 1. Mili
- 2. Samir
- 3. Khaled
- 4. Amina
- 5. Samir
- 6. Khaled
- 7. Mili
- 8. Samir
- 9. Amina
- 10. Khaled
- 11. Samir
- 12. Mili
- 13. Amina
- 14. Samir
- 15. Mili
- 16. Khaled
- 17. Samir
- 18. Amina
- 19. Mili
- 20. Samir
- 21. Khaled
- 22. Amina
- 23. Khaled

24. Samir

25. Mili

26. Amina

27. Samir

28. Amina

29. Khaled

30. Mila

31. Samir

32. Mila

33. Amina

34. Samir

35. Khaled

36. Mila

La autora

*Para mis alumnos,
Pasadas, presentes y futuras musas*

Introducción

La población del mundo está en movimiento, escapa, huye en números crecientes en busca de seguridad, o libertad, o una oportunidad de vivir sus vidas sin miedo. Actualmente, hay más de setenta millones de personas que se han visto forzadas a dejarlo todo atrás y huir para protegerse a sí mismos o a sus seres queridos. Existen aún más que lo dejan todo atrás por la oportunidad de ganar lo suficiente para alimentar a sus familias, para encontrar más libertad y la posibilidad de expresarse libremente.

Las causas del movimiento de la población son muchas: la guerra, los conflictos entre países, regímenes autoritarios que eliminan toda posibilidad de oposición o discusión, ideologías extremas que atacan la diversidad, la pobreza extrema en barrios marginales, los climas extremos que destruyen la posibilidad de sustento básico, la búsqueda de noticias sensacionalistas que ocultan los acontecimientos reales alrededor del mundo, la distorsión de los medios que plasman un estilo de vida imposible. Aquellos que huyen, escapan, emigran siempre encuentran oposición, desgaste y roces en su viaje; su búsqueda siempre encuentra fronteras.

Las fronteras se han endurecido últimamente. Encontramos cada vez más aislacionismo, más discursos nacionalistas encarnecidos, menos solidaridad. La

convención de 1951 sobre el estatus de los refugiados y su protocolo, que define los parámetros y obligaciones que tienen los estados de proteger a los refugiados ofreciendo oportunidades e integración dándoles acceso a salidas socioeconómicas básicas, se está poniendo a prueba como nunca antes. Los refugiados están siendo detenidos, apresados, desechados y devueltos a lugares donde su seguridad y sus vidas están en juego. Los medios nacionales alimentan este patrón deshumanizando al individuo y su tragedia, caricaturizándolos como hordas de invasores que se aprovechan de las sociedades y ponen en peligro sus tradiciones, despertando miedos para vender más periódicos, vendiendo xenofobia para ganar votos, sin preocuparse de las mortales consecuencias en las personas que necesitan asilo.

La ruptura a la larga tradición de asilo, algo que la civilización ha venido respetando desde tiempos ancestrales, es parte del espectro de la tendencia al rechazo que Shia Arbulú explora de forma magistral en su novela *Cruzando fronteras*. Cuatro historias de cuatro vidas intentando romper fronteras para encontrar su destino, su identidad, su seguridad, todos moviéndose en dirección a un destino común, un único lugar de encuentro.

El refugiado escapando de la guerra y el conflicto encuentra fronteras muy reales en su viaje a un lugar seguro. Montañas, mares, ríos patrullados por la policía, militares jugando al ratón y al gato con las mafias y traficantes. Esto es algo por lo que deben pasar cientos de miles de personas en busca de las necesidades más básicas cada año. Que lo consigan depende de su suerte, su astucia y de algunos ángeles que encuentran en su camino: esas escasas personas que nos devuelven la fe en la humanidad.

Incluso tras alcanzar el lugar seguro, otras fronteras aparecen. Un solicitante de asilo debe enfrentarse a las complejidades de la burocracia y sus procedimientos para alcanzar el estatus de refugiado. Mientras tanto, su vida

está en pausa, su identidad, su capacidad para ser útil y contribuir a la sociedad se enfrenta a otra dura frontera. Para alguien joven, que aún está en el proceso de definir su identidad, de sobreponerse a los límites parentales y sociales, esto puede ser especialmente un desafío extraordinario.

Incluso cuando se ha obtenido la residencia, los papeles se han regularizado y el permiso de trabajo ha sido concedido, el refugiado, el inmigrante, el «otro» continúa encontrando fronteras invisibles. El hijo de inmigrantes intenta encontrar entonces su lugar en una sociedad que lo ha relegado a él y a su familia a la marginalidad, aspirando a mantener su dignidad, con su identidad dividida entre una cultura que no conoce y otra que lo rechaza. El radicalismo y el nihilismo pueden parecer la única forma de romper esta otra forma de frontera cuando la realidad se ha vuelto escurridiza y complicada. Si reflexionamos al respecto, todos somos el «otro», y todos debemos luchar contra alguna frontera en el proceso de maduración y búsqueda de uno mismo, de la propia identidad. Tu cuerpo es una frontera, tu familia es una barrera y debes traspasar estos límites para definir dónde están, cuán maleables son y cuál debe ser su lugar.

Cuatro historias, cuatro realidades coinciden en un evento que hace estallar una última frontera. El metal afilado, los ladrillos, la metralla rompiendo la piel. Pero la autora también baña de ciertos rayos de luz las historias. El arte ofrece esperanza y permite a nuestros personajes superar las barreras fronteras. Pintar, escribir, cantar son medios para imaginar una vida más completa, que va más allá del «yo» y el «otro», que ofrece unidad y conciliación. Al igual que lo hace el amor: la fuerza universal que ha unido a la humanidad desde el comienzo del viaje.

Shia nos hace un regalo con este libro, el regalo de identificar las fronteras que nos rodean, ponerles nombre, analizarlas y, en última instancia, cruzarlas.

Giovanni Bassu
Representante regional en Centroamérica de ACNUR.

1. Mili

Aquel verano comenzó mi vida en el mundo de la delincuencia. Fue a causa de un concierto, o más bien por culpa de Neil Graham, aquel cantante de mirada lánguida y canciones tristes que había descubierto en *YouTube*, que se había convertido en el centro de mi existencia y de quien había acabado enamorándome sin remedio. Pero no, no fue por eso... Fue más bien por culpa de mis padres, que habían decidido de forma unilateral trasladarse de Granada a Girona y arrastrarme con ellos en contra de mi voluntad. Para mis padres solo era una etapa más de su recorrido, en cambio, para mí, significaba empezar de cero. Aquel verano me despedí de todo lo que conocía, mi ciudad, mis amigos, todo lo que había sido mi vida en mis cortos trece años quedaba atrás, borrado, olvidado, como si solo hubiese fingido que era mi vida.

Pero no, puede que tampoco fuese por el traslado de mis padres... Seguramente todo comenzó cuando nací, coincidiendo con la muerte de mi bisabuela. El mero hecho de nacer el día que muere un familiar tiene que ser un mal presagio, pero lo peor fue que mi madre tuvo que ponerme su nombre, y mi padre no se atrevió a contradecirla. Así fue como acabé con el peor nombre de la historia: Milagros. Era obvio que mi vida estaba destinada a la marginalidad desde que nací.

Todos me llaman Mili, lo que no mejora mucho porque parece el nombre de un caniche. La única que usa mi nombre completo es mi madre, cuando está muy enfadada, de lo cual deduzco que a ella tampoco le gusta y se arrepiente profundamente de haberme condenado a llevar ese nombre por el resto de mi vida. Y luego la gente siempre se atasca con el apellido noruego de mi padre: Gjertsen. Pero, por si no fuera suficiente la desgracia, mi segundo apellido es Casado, y claro, la bromita de turno es inevitable: «El milagro será que te cases»; «El milagro es que no te atragantes con tu nombre».

Odio mi nombre.

A los trece solía llevar una libreta en la que apuntaba todas las cosas que odiaba: *Odio a los profesores que dicen que no te tienen manía, pero sí que te tienen manía y cuando hablan con tus padres no se parecen en nada a como son contigo en clase. Odio que en los restaurantes no me den la carta, como si fuera demasiado pequeña para saber lo que quiero comer. Odio a las chicas del instituto que caminan moviéndose el pelo de un lado al otro y sabiendo que todos las están mirando, pero fingiendo que no se dan cuenta. Odio los profesores que se hacen los colegas, que van de enrollados y luego te suspenden por tener faltas de ortografía. Odio a las niñas que pueden comerse solo dos rodajas de tomate y no morirse de hambre, y siempre te hacen sentir como una foca glotona solo porque comes. Odio cuando un chico te está hablando y de golpe se pone a hablar con otra persona dejándote a media frase, como si no existieras. Odio que la ropa no me quede a mí como les queda a las chicas de las revistas. Odio mi pelo. Odio que los mayores nunca escuchen y que, en cambio, tú tengas que escucharlos durante horas...*

Lo que más odio es que todo el mundo diga que el mejor momento de la vida es cuando eres niño, porque yo no le encuentro la gracia, y ser una niña me parece horrible.

Odio mi cuerpo. Vale, ya sé que todas decimos eso, pero lo mío es en serio, porque, aunque de cara soy igual que mi madre, que es guapísima, tuve la desgracia de heredar la genética noruega de mi padre. No solo soy la chica más alta de mi clase, soy más alta que todos los de mi curso y los del curso siguiente. Y no es solo que soy más alta, también tengo los hombros más anchos y el doble de espalda que el resto de mis compañeros. En definitiva, soy un gigante, una vikinga. No hay forma de que un vestido o una falda corta me queden bien. Sé que jamás me pondré unos tacones. ¿Una camiseta corta que enseña el ombligo?: imposible, no cuando el contorno de tu espalda mide más de un metro. Si la sociedad valorara a las mujeres por su capacidad para arrojar rocas, seguramente yo sería una diosa, pero en la sociedad en la que me ha tocado existir, yo jamás seré la princesa de nadie...

Odio mi vida.

2. Samir

—¡Samir Haddad! —La voz de su profesor acabó por despertarle—. ¿Sabe la respuesta, señor Haddad? —Algunas risillas se escucharon por la clase ante la mirada aturdida de Samir—. ¿Acaso sabe cuál es la pregunta? —Más risas. Ni siquiera se molestó en girarse para comprobar los gestos de superioridad de sus compañeros—. Las vacaciones han terminado, señor Haddad, haga usted el favor de intentar no dormirse en clase. —Sí, su profesor era un puto payaso, pensó Samir, incluso tenía aspecto de payaso, con la nariz ancha y el pelo gris revuelto. Un hombre bajito con complejo de hombre alto que parecía encajado en su traje oscuro.

—Lo siento, *Monsieur Drocourt*... —respondió, en vez de decir lo que de verdad le hubiese gustado soltarle, y su profesor lo dejó en paz con un gesto de rendición antes de retomar su explicación. También Samir volvió a lo que le ocupaba en realidad, un dibujo de un esqueleto con gafas oscuras y gorra que tocaba la guitarra eléctrica al lado de un altavoz a toda pastilla que hacía que los huesos se le separaran ligeramente, y que ocupaba una hoja de su cuaderno, en el que no había copiado aún una sola de las anotaciones que su profesor escribía en la pizarra.

No hacía falta que se lo recordaran, mediados de agosto: primer día de clase, y ya lo odiaba.

Intentó prestar atención durante los veinte minutos que restaban de clase antes de que los dejaran libres y pudiera volver a casa. Explicaban algo acerca de por qué el metal se oxidaba, y que era el aire lo que oxidaba y no el agua... o algo así. Algunos de sus compañeros incluso parecían interesados y hacían preguntas, o tal vez solo intentaban sumar puntos a su nota oral. Ya estaban en tensión desde principio de curso; se preguntó cómo lo conseguían, a él se le cerraban los ojos desde la primera hora, y llevaban ya seis. Esto era una tortura. Según escuchaba no pudo evitar preguntarse: ¿Y a quién coño le importa, de qué me va a servir saber esto para la vida?, por no decir que seguramente exista algún video en *YouTube* que explica lo mismo de forma mucho más entretenida. Quizás lo que de verdad le estaban enseñando en el liceo era a callarse y aguantar la charla de otro que está por encima de ti, esa sí que era una lección necesaria para la vida, una que sin duda tendría que poner en práctica con más frecuencia.

Justo cuando pensaba que no aguantaría más con los ojos abiertos, el estridente bramido de la campana lo espabiló. Su sonido favorito: la música de la libertad.

Comenzaba a guardar sus cosas pausadamente cuando escuchó una voz a su lado: «Eso mola, tío». Samir giró la cabeza para encontrarse con la mirada curiosa de Farah, que estaba de pie a su lado observando su dibujo. Samir sonrió, y justo cuando ella se dispuso a continuar su camino, arrancó la hoja de su cuaderno.

—Si loquieres, te lo regalo —dijo apresuradamente.

—¿En serio?

—Sí, claro, tengo muchos.

—Vale, pero tienes que firmarlo. —Eso le hizo reír, ni que fuera él alguien importante—. En serio, tío, no puedes ir regalando tu arte como si nada.

—No es arte, solo es un garabato...

—¡Nunca digas eso! Venga, fírmalo —ordenó ella con el ceño fruncido. Samir lo firmó sin demasiado entusiasmo, y